

Palabras de la Sra. Maritza Ortiz Cortes

Viernes 17 de julio.

Acto de Incorporación CPPCR.

Buenas noches nuevos colegas, compañeras y compañeros de la mesa principal, señoras y señores acompañantes.

Me da mucho gusto compartir con ustedes esta noche, en un evento que sin duda implica una nueva puerta que se abre en su vida y para lo cual seguramente han tenido que realizar importantes esfuerzos.

Es un honor que me tomaran en cuenta para este homenaje. Confieso que dudé en aceptarlo, pues lo frecuente es que los reconocimientos se hagan a profesionales del ámbito académico, y en este caso se trata de la elección de una persona que forma parte de ese contingente de profesionales que con frecuencia son invisibles a las miradas públicas, pero cuyo trabajo contribuye a la construcción y sostenimiento de las instituciones de este país. Precisamente, porque muchas y muchos de ustedes pueden ser parte de ello y ante lo que representa que se reconozca y visibilice la importancia de ese trabajo, estoy aquí.

Me solicitaron que les hable un poco sobre las contribuciones que he hecho desde la psicología en mi práctica profesional. Eso me llevó a reflexionar en términos del impacto que ha tenido mi práctica de 36 años en nuestra sociedad y en mi propia vida, y acerca de qué decirles al respecto que les puede servir a ustedes.

Necesariamente van surgiendo memorias de tantas personas, grupos, comunidades, instituciones, contextos sociales, roles, momentos históricos enlazados y transformaciones que adquieren vida propia. Así que voy a hablar de vivencias, vínculos y aprendizajes concatenados con algunos momentos significativos de mi práctica profesional... no hablaré de todo lo hecho en 36 años.

Llegué a la carrera de Psicología, como muchas personas en ese entonces, repitiéndome que el único propósito era “ayudar a la gente”, sin pensar que éramos esa misma gente, e iniciábamos un proceso de transformación permanente en múltiples vías. Desde muy joven fui una mujer trabajadora que estudia, con responsabilidades en una familia con limitaciones económicas, cuya consigna siempre fue que la educación era nuestro único motor de desarrollo.

Como estudiante me formé en medio de grandes problemáticas sociales, políticas y económicas en la Latinoamérica de los 70's, 80's y 90's, acompañadas de muchos movimientos sociales y estudiantiles que promovieron el análisis crítico y la acción consecuente. Entre peñas culturales, conferencias, grupos de estudio, intentos de activismo, cruzados con horarios y contextos de trabajo difíciles, la información, la comunicación, el conocimiento académico, la experiencia y el ponerme en los zapatos de gente muy diversa, constituyeron las bases no solo de mi práctica como psicóloga, sino de la vida que he construido... Recuerdo por esa

época cómo alguien me dijo que tuviera cuidado porque me estaba convirtiendo en una persona “existencialmente sensible”, o cuando en otro escenario defender derechos me trajo serias consecuencias e intentos de ostracismo institucional. En ese entonces, mirando los ojos del maestro Ignacio Martín Baró, en un encuentro transformador, aprendí que hay que resistir con conciencia, conocimiento e inteligencia práctica... También alguien me ayudó con mis heridas recordándome que “hay que endurecerse sin perder la ternura.”

Inicié mi trabajo profesional, en el centro penal femenino entonces llamado Buen Pastor, cuando era estudiante. Allí aprendí el significado de la exclusión y la múltiple estigmatización social de las mujeres que rompen los encargos y mitos femeninos. En mi entorno laboral, entendí el impacto de la prisionalización y lo difícil pero indispensable que resulta el autocuido... allí, sintiéndome un poco presa de las injusticias e incongruencias de los sistemas económicos, sociales y culturales. Las mujeres en prisión me confrontaron duramente acerca de las diversidades, entendiendo desde el feminismo que no podemos hablar de la “mujer” sino de las múltiples realidades y diversidades de las mujeres, que sintetizan en su singularidad el complejo contexto del que proceden; en ellas pude ver las burbujas de la ebullición de la historia misma de las mujeres. Como psicóloga promoví realizar prácticas de análisis institucional que visibilizaron el trato de las mujeres privadas de libertad como sujetas de expiación de culpas en un espacio religioso y casi conventual, en contraposición con una perspectiva criminológica y de derechos. Me permití la osadía de hablar de sexualidad femenina y de presentar la primera propuesta de visita conyugal en ese centro penal femenino.

Otro de los hitos en mi vida profesional fue el trabajo con ofensores físicos y sexuales, mediando para ello una época de política institucional rupturista del Ministerio de Justicia en los años 90, con un pionero plan de especialización en violencia por razones de género. Los colores que surgen del prisma de la investigación, la capacitación y la conciencia nunca pueden borrarse de nuevo. En ese trabajo con victimarios en prisión, entendí las terribles consecuencias de una cultura patriarcal que socializa hombres segmentados, que forman su identidad seudo-autoafirmados en el poder y en la violencia, en una sociedad que de forma burda o sutil oculta su mano, mientras sigue abogando por el orden natural de las cosas.

Tuve entonces la posibilidad de trabajar en un equipo del Instituto de Investigaciones Sociales de la UCR con investigaciones novedosas sobre prevención y SIDA en mujeres y hombres en prostitución, allí entendí muy bien los textos de Yadira Calvo, Marcela Lagarde y Alda Facio, entre otras: las palabras no son inocentes; el lenguaje cotidiano visto en su polisemia le dio un sentido muy distinto a la palabra “puta”. Entendimos la dificultad de prevenir en contexto de altísima violencia concreta y simbólica, más aún cuando entendimos que prevenir es seducir para la vida. En los más sombríos escenarios de nuestra ciudad encontré otro rostro de la masculinidad hegemónica; de las preguntas que me hice allí, surgió la motivación para trabajar una osada investigación con la temática sobre Masculinidad y prostitución femenina, entendiendo su significado psicosocial desde

la representación de “los clientes”. Más adelante estos resultados impulsaron mi investigación sobre Violencia en el Tránsito, que resultó ser un escenario más de la representación patriarcal en la violencia social.

La conciencia sobre la historia de discriminación, exclusión y violación de derechos de las mujeres, sentida en mi propia historia de vida, y la necesidad de congruencia, me llevó al trabajo con mujeres agredidas, en un programa pionero sobre violencia de género en el Ministerio de Justicia. Allí trabajé en atención psicológica en crisis, contribuyendo a darle forma a la primera línea telefónica de atención de emergencias a mujeres agredidas y cuya experiencia proveyó conocimiento para otras líneas y programas especializados en otras instituciones, por ejemplo las Oficinas Municipales de las Mujeres que surgieron en los 90. Entonces escuché los relatos más desgarradores e impensables sobre abuso físico, psicológico y sexual, cosas que nuestra cultura valida, permite y promueve disfrazadas de amor. Pasaron por allí mujeres de las más diversas edades, con grandes recursos o en miseria extrema, distintas ocupaciones y profesiones; cuyas parejas pertenecían tanto a los sectores de mayor poder económico, político y social del país, como a la clase trabajadora más humilde.

Sentí el dolor y la impotencia de enfrentar las consecuencias de la matriz de violencia patriarcal, comprendí las dinámicas de sus ciclos generacionales, los contextos de riesgo, la interseccionalidad con otras líneas de vulnerabilización social.

El sufrimiento por lo sociocultural, no se enfrenta en soledad, sino con compromiso hacia el cambio... por ello me incorporé en equipos de discusión y de trabajo conformados en su gran mayoría por mujeres de organizaciones no gubernamentales y trabajadoras del Estado, de donde surgieron muchas primeras cosas, entre ellas las vinculadas con legislación nacional y diversas políticas públicas de atención y prevención de violencia contra las mujeres e intrafamiliar, la prevención y atención de explotación sexual comercial de personas menores de edad, el hostigamiento sexual, entre otras... Muchas personas que he conocido en esos retos, mantienen hasta ahora la misma energía y una conciencia cada vez más clara y madura; siguen siendo mi referente y mi motivación... ello también ha construido mi resiliencia.

En este viaje por mi práctica profesional, queriendo buscar las causas de las causas, las respuestas no las vi en el sistema penitenciario, con privadas de libertad o con ofensores, ni tampoco con la atención a mujeres agredidas, es decir no las pude encontrar en la atención de las consecuencias de la violencia.

De la angustia, la decepción y a veces la desesperanza, surgió la búsqueda; de la conciencia de ser parte de la dinámica que alimenta y reproduce el sistema, surgió la necesidad de dar un salto cualitativo y así -desde el año 1998- empecé a trabajar desde la psicología social en prevención de violencia, cuya vinculación con los enfoques de derechos humanos, género, contextual, histórico, diversidad e inclusión social, da un particular significado a la promoción de la paz.

En el trabajo comunitario en barrios altamente desposeídos y excluidos del desarrollo, encontré el sitio clave para el aprendizaje de la noción de inseguridad humana, pero también grandes redes de acción solidaria y un alto potencial para la organización, la inversión social, la interpelación a la presencia de la institucionalidad en la calle, arrollándonos las mangas para escuchar las voces en directo, sus necesidades, propuestas y entender los contextos sobre los que se deben tomar decisiones que no sean “de escritorio”.

Confrontada con las necesidades de las niñas, los niños y adolescentes para tener espacios seguros, ejerciendo sus derechos a jugar y recrearse, he trabajado en distintos proyectos nacionales y de cooperación internacional, con comunidades, promoviendo la participación social en el diseño, gestión y construcción de espacios de calidad, apropiándose de estos mediante la organización.

Recuerdo con mucho afecto mi trabajo de varios años coordinando la Comisión Interinstitucional Sembrando Paz en el Distrito Hospital de San José. También los grandes retos que enfrentamos en el trabajo en la Comisión Técnica del Proyecto de Prevención de Violencia contra las Mujeres, trata y femicidio en Centroamérica del SICA, en las Comisiones de Seguimiento al PLANOVI, en la CONACOES enfrentando la entonces llamada prostitución infantil recodificándola como explotación sexual comercial de niñas, niños y adolescentes, y aquel trabajo en el INAMU en la evaluación país tras 20 años de la Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y erradicar la Violencia contra las Mujeres, entre otros.

En los últimos 3 años tengo un nuevo desafío con la Supervisión Técnica del Programa Centros Cívicos por la Paz, bajo la rectoría del Ministerio de Justicia y Paz y con participación multisectorial de Municipalidades y diversas instituciones del Estado. Es un programa pionero a nivel latinoamericano que hace ruptura con los modelos atomizados y de concentración de poder de la gestión administrativa tradicional, dirigido a prevenir la violencia y a promover la inclusión social, con un gran equipo humano que hace un esfuerzo por hacer posible una visión de promoción de la paz mediante el desarrollo humano y social, integrando cultura, arte, deporte, recreación, tecnología y principios de la democracia. Allí vamos, haciendo camino al andar.

En todos estos años de trabajo preventivo, desde una visión integral en instituciones públicas, mi práctica como Psicóloga Social se ha orientado al trabajo interinstitucional e intersectorial, la coproducción, la gestión articulada, investigando, enseñando y aprendiendo en conjunto. Tratándose así de que los logros, aún cuando existan visiones individuales e ideas creativas, son parte de un trabajo colectivo que a veces parece invisible, pero que en el tiempo va dejando muchas pequeñas huellas, con la esperanza de que lentamente se traduce o se traducirá en cambios cualitativos de relevancia.

Se dejan evidencias de ello en distintos informes de investigación, asesorías a autoridades institucionales, documentos de trabajo y publicaciones, aunque la gran mayoría son totalmente desconocidos por otras instancias que no sean las

directamente involucradas. Muchas veces el corto tiempo entre uno y otro proyecto o actividad, no hace posible siquiera sistematizar una buena práctica, o en ocasiones aunque se haya hecho, una decisión de alguien fuera de ese escenario dificulta o cesa su continuidad. También ocurre que de repente alguien revive aquello guardado por años, que sirve de base para una propuesta aún mejor. A veces hemos enfrentado diferencias de criterio sustantivas con personajes cuyos estilos de gestión y liderazgo dificultan el diálogo y bloquean el espíritu crítico.

Eso es parte de estar en la función pública y en el ejercicio profesional en general. Pero entonces ¿cuál es la clave para seguir manteniendo la motivación y la esperanza?

Mi propia respuesta ha sido contextualizar, investigar, estudiar siempre, analizar en función de esa comprensión de la realidad, manteniendo principios y una ética de trabajo que parta de un marco teórico-práctico y que permita dar respuesta fundamentada a las necesidades y problemáticas de las poblaciones con que se trabaja y sobre todo entender y evaluar cómo eso les impacta. Es indispensable cultivar la pregunta, el análisis crítico pero también la autocrítica y la escucha activa que permita el diálogo y el encuentro con lo más humano que nos une a las otras y los otros.

Muchas veces un cambio de contexto me ha permitido tener una mejor perspectiva de la realidad, a la que he regresado muchas veces pero con una visión renovada o con mejor cualificación técnica para enfrentarla, en una especie de tránsito en espiral que se abre hacia fuera, ampliando mis límites y dándome una mejor visión de todo por lo que he pasado y lo que me sigue constituyendo.

Los principios éticos no tienen fecha de caducidad, permanecen con nosotras/os para siempre, son la forma de lograr la coherencia entre lo que hemos aprendido formalmente, lo que sentimos y cómo actuamos, no solo en el espacio de trabajo, sino en cada uno de los espacios de nuestra vida cotidiana; la conciencia social no puede estar disociada.

El trabajo está entretejido con nuestros vínculos significativos, seguramente mi hijo, mi familia cercana y mis amigas y amigos han recorrido conmigo muchos de estos escenarios desde su fantasía, sufriendo pero también alegrándose con mis realidades.

Cierro contándoles una pequeña anécdota que me ocurrió hace unos meses: mientras esperaba un tratamiento en una clínica, una señora desconocida para mí, me miraba fijamente hasta que decidió acercarse. Me contó que hacía más de 20 años había tenido un encuentro profesional conmigo, una sola vez, pero recordaba cada detalle; de lo que me dijo, rescato una frase que por la relevancia de lo que puede representar nuestra profesión, me quedó resonando: “Usted me ayudó a mirar mi vida de una manera diferente y por eso decidí que no volvería a estar en una situación como la que tenía en ese momento.”

Si trabajamos para que desde nuestro conocimiento, ejemplo y acción, las personas, los grupos, las comunidades a las que nuestra práctica profesional nos ponga de frente, puedan mirarse proactivamente en su contexto promoviendo esa paz integral, nuestra práctica profesional estará cumpliendo su propósito... yo aspiro a que ese sea nuestro legado.

SÍNTESIS DE CURRICULUM VITAE

Es Bachiller y Licenciada en Psicología de la Universidad de Costa Rica. Máster en Estudios de la Violencia Social y Familiar de la Universidad Estatal a Distancia de Costa Rica, tiene un Postgrado en Cultura de Paz de la Universidad Autónoma de Barcelona, España y un Diplomado Centroamericano en Seguridad Ciudadana y Prevención de la Violencia, FLACSO.

Se define como una mujer de fuertes principios y grandes pasiones, cimentados en una historia de vida desarrollada en un contexto de profundos cambios e hitos culturales, tecnológicos, políticos e ideológicos, suscitados en su transitar por el siglo XX y el XXI.

Dedicada profesional, aficionada al montañismo y al cine, amorosa madre, satisfecha de haber educado a su hijo buscando la coherencia con el paradigma de derechos desde el feminismo, tiene profundos lazos con su familia y cuenta con pocas amigas y amigos de toda una vida.

Psicóloga Social por convicción, ha trabajado en diversos campos, instituciones y espacios de ejercicio profesional: asesora psicosocial, docente, investigadora, especialista en promoción de cultura de paz, en atención y prevención de violencia contra las mujeres, explotación sexual comercial, trata de personas, hostigamiento sexual, atención a personas ofensoras privadas de libertad; ha ejercido representaciones en múltiples comisiones nacionales interinstitucionales e interdisciplinarias vinculadas con el diseño y ejecución de diversas políticas públicas y coordinado proyectos de cooperación internacional. Ha escrito y publicado gran cantidad de materiales, informes técnicos y de investigación en estos contextos de trabajo. Además cuenta con múltiples cursos de aprovechamiento y participación, en un proceso de capacitación, especialización y actualización continua.

En 1994, la Universidad de Costa Rica le concedió la Certificación de “Graduación de honor” en la carrera de Licenciatura en Psicología y la Facultad de Ciencias Sociales le otorgó el Certificado de “Aprobación del Trabajo Final de Graduación con Distinción”.

En el año 2007, el Sistema de Estudios de Posgrado de la UNED le reconoció con “Graduación de Honor” en la Maestría en Estudio de la Violencia Social y Familiar. En el 2012 el Ministerio de Justicia y Paz, mediante la Comisión Institucional de Valores, le otorgó el “Reconocimiento por el Valor de la Creatividad aplicado al trabajo”.

Tiene 36 años de ejercicio profesional, de los cuales los últimos 20 años los ha dedicado a la prevención de diversas manifestaciones de violencia, bajo los enfoques prioritarios de género y de derechos humanos. Actualmente labora como Supervisora Técnica en Centros Cívicos por la Paz, Programa intersectorial e interinstitucional dirigido a la prevención de la violencia a y la promoción de la inclusión social, bajo la rectoría del Ministerio de Justicia y Paz.